

Los aprendizajes de McKinley sobre la intervención de Cleveland (1895) en la disputa de límites entre Venezuela y Gran Bretaña.

Orlando Arciniegas Duarte

Msc. en Ciencia Política; Doctor en Historia. Profesor adscrito al Departamento de Ciencias Sociales. de la Facultad de Ciencias de la Educación.

(oarcinie@postgrado.uc.edu.ve).

Resumen

En este artículo se analizan y se comparan importantes hechos históricos ocurridos durante los gobiernos de los presidentes norteamericanos Cleveland (1895) y McKinley (1898). Durante el primero de éstos, el gobierno norteamericano, invocando la Doctrina Monroe, presionó fuertemente al británico para que sometiera a arbitraje internacional una disputa territorial que tenía con Venezuela, so pena de acciones de guerra. El manejo de la crisis a que esto diera lugar, se supone que constituyó una importante fuente de aprendizajes para el presidente McKinley, quien, en 1898, tomó la determinación de intervenir en la guerra de independencia de Cuba, e invadir las colonias españolas de Puerto Rico y Filipinas, dejando inaugurada la entrada de los Estados Unidos al club de las principales potencias de aquel tiempo. En ambos casos, EEUU logró sus propósitos pero los manejos fueron distintos y distintas también las destrezas en la acción de gobierno. De esto también se deja constancia aquí.

Palabras clave:

Cleveland, McKinley, Cuba, España.

Abstract

In this article some important historic facts happened during the governments of north American presidents Cleveland (1895) and McKinley (1898), are analyzed and compared. In the first, the north American government, invocating the Monroe Doctrine, press strongly, with war actions, to the British to left the territorial dispute to international arbitrator to judge. The drive of the crisis guess constitute an important source of learning to the president McKinley, who, in 1898, took the determination to made an intervention in the Cuban independence war and invaded the Spanish colonias of Puerto Rico and Filipinas, opening the set of United States to the great Powers club of that time. In both cases, USA get its purposes but the drives of this were different, with different skills in the government action.

Key Terms:

Cleveland, McKinley, Cuba, Spain.

En 1895, el presidente estadounidense Stephen Grover Cleveland, quien ejercía su segunda presidencia (1893-1897), en una decisión controvertida y sorprendente, tomó la determinación de intervenir en la disputa de límites entre Venezuela y Gran Bretaña, remitiendo una agresiva nota al primer ministro inglés, Robert Salisbury, en la que, con fundamento en la Doctrina Monroe, exponía su "legítima" razón de intervenir en éste y otros conflictos de límites en las Américas; a la vez que demandaba que Inglaterra sometiese la totalidad del territorio en disputa al arbitraje internacional. Este mensaje, obviamente, fue entendido como una amenaza de guerra.

Por vez primera, los Estados Unidos, frente a una potencia europea, pasaban a exigir la validez de la Doctrina Monroe, enunciada en 1823, conceptuándola como una norma de derecho internacional. Esto, visto históricamente, pareciera haber sido la declaración de la mayoría de edad de la nueva potencia americana, y a partir de lo cual debía dársele participación en cuanto tuviera que ver con su área de influencia. Un signo evidente, por lo demás, del extraordinario progreso material alcanzado por el país norteamericano en las tres últimas décadas del siglo XIX, que lo situaría entre los de mayor desarrollo económico.¹

Pues bien, aquella amenaza -temeraria en su tiempo-, ha sido considerada como fuente de aprendizaje de las decisiones y acciones que tomara el presidente William McKinley, entre 1897-98, que condujeron a la intervención norteamericana en la guerra hispano-cubana.² Un hecho que implicó, sin mayores riesgos, la conquista de las colonias españolas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas -el llamado, por los españoles, desastre de 1898-, y, con ello, el comienzo de la trayectoria internacional de los Estados Unidos como una gran potencia.³

1 Brevemente, pudieran señalarse algunos datos. Para 1900, Estados Unidos tenía veinte millones de habitantes más que Alemania y cuarenta más que Francia. Estaba por delante de Alemania, Gran Bretaña y Francia en la producción de carbón, hierro y acero; siendo a su vez el mayor productor de petróleo. A este poder industrial, sumaba su gran superioridad en agricultura y el espectacular crecimiento de sus depósitos financieros. En fin, una edad dorada, que sólo tendría parangón con la situación de este mismo país después de la Segunda Guerra Mundial. Véase, MALEFAKIS, Edward: "Los Estados Unidos a finales del siglo XIX": en FUSI, Juan Pablo y Antonio Niño (eds.): *Vísperas del 98, orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1997, pp. 269-278.

2 Aludimos, fundadamente, al ensayo de ICKRINGILL Steve J.S. y Sylvia L. HILTON, "Cleveland and the Anglo-Venezuelan dispute in 1895: a prelude to McKinley's intervention in the Spanish-Cuban war", en el que nos hemos apoyado largamente para el presente artículo; véase en FUSI, Juan Pablo y Antonio Niño (eds.): *Antes del "desastre": Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid: Universidad Complutense, 1996, pp. 337-358.

3 La facilidad y velocidad con que se desarrollaron los hechos puede advertirse en esta relación: el 13 de julio caía Santiago de Cuba, lugar de resistencia española; el 25 desembarcaban los norteamericanos en Puerto Rico; los preliminares de la paz se firmaron el 12 de agosto; el 14 se firmaba la capitulación de Manila y el 10 de diciembre se firmaba, entre España y los EE.UU., el Tratado de Paz en París. Como conclusión, el 1 de enero de 1899 se arriaba la bandera española en La Habana y se izaba la de Estados Unidos. SERRANO, Carlos: *Final del Imperio. España 1895-1898*, Madrid: Siglo veintiuno editores, 1984, pp. 36-37.

Las vinculaciones entre los hechos de 1895 y 1898, resultan de una mirada más íntima al incidente de Cleveland, por lo cual es posible determinar los probables aprendizajes políticos realizados por McKinley, los cuales influenciarían sus decisiones y movimientos en 1898. Desde luego que no faltan referencias que vinculan las acciones de Cleveland en la mencionada disputa, y la intervención generalizada de los Estados Unidos en la guerra independentista cubana. Tales conexiones, por lo general, han sido hechas en historias diplomáticas, que muy explícitamente señalan que, en 1895, el nacionalismo asociado a tendencias imperialistas fueron despertados; o que la Doctrina Monroe resultó fortalecida, o bien que el acercamiento anglo-norteamericano que resultara de aquel incidente, estimuló el expansionismo posterior de los EE.UU. Una opinión de este tipo y con claras vinculaciones entre ambas fechas - 1895 y 1898-, puede encontrarse en Campbell (1976: 338):

"La implícita aceptación británica del derecho de los Estados Unidos a intervenir, y el fortalecimiento de la Doctrina Monroe, si bien el gobierno de Salisbury admitiera esto o no,

marcó el fin de cualquier intento de desafiar el predominio norteamericano en el mar Caribe... La nueva posición norteamericana en el Caribe, además del fortalecimiento de la mano de Washington al tratar con España sobre la rebelión cubana que estallara en 1895, condujo a la guerra hispano-estadounidense en 1898". (traducción del autor).

Asimismo, dos historiadores españoles, Jesús Pabón y Vicente Palacio Atard, ven también una estrecha relación entre ambas fechas, e interpretan los casos británico y español como ejemplos de "desastres" nacionales, aunque de distinta y variable intensidad, en un contexto internacional de rivalidades imperialistas, dentro del panorama de ascenso y uso de la fuerza por parte de los Estados Unidos.⁴

Pero en tales estudios, como lo dicen Ickringill y Hilton (1996), faltan los detalles que permitan evidenciar las posibles conexiones que guardan entre sí las actuaciones de los presidentes Cleveland y McKinley, en los hechos históricos referidos. A este fin y con el objeto de substanciar el presente artículo, conviene revisar en forma sumaria el conflicto limítrofe que dio lugar a las decisiones del presidente Cleveland, así como el cuadro de probables conclusiones que de él pudo derivar el presidente McKinley.

4 PABON, Jesús: "El 98, acontecimiento internacional". Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, Escuela Diplomática, 1952, en *Días de Ayer*. Barcelona: Editorial AlPhi, 1963, págs. 139-195' este autor dice: (p. 155) "El 98 británico ocurre en 1896. Se llama Venezuela... nuestro 98 es consecuencia directa de él: réplica o repercusión o contragolpe del 98 británico". Por su parte, PALACIO ATARD Vicente: *La España del siglo= (1808-1898)*. Madrid: Espasa Calpe, 1981, dice que los dos casos fueron ejemplos de la política del "big stick" de los Estados Unidos (p. 557).

El conflicto limítrofe anglo-venezolano

El Gobierno venezolano venía rechazando las pretensiones que el Gobierno británico tenía sobre territorios suyos próximos a la colonia británica de Guyana, los cuales eran considerados venezolanos de conformidad con la antigua demarcación española. Esta resistencia venezolana se había planteado desde 1841, cuando se conoció la delimitación fijada en 1840 por Schomburgk, contratado por el Gobierno británico; y, por lo menos desde 1876, se había repetidamente solicitado la intervención de los Estados Unidos, invocando la Doctrina Monroe. Los distintos gobiernos norteamericanos, aunque receptivos, se cuidaron de no involucrarse en tales asuntos, pero sugerían que la disputa fuese sometida a arbitraje. Los Gobiernos británicos, por su parte, aunque manifestaban estar dispuestos a ello sobre el territorio occidental de la línea Schomburgk, se resistían a someter la totalidad del discutido territorio a tal tipo de solución, sobre la base de que los súbditos británicos, largamente establecidos en Guyana, gozaban del derecho a la protección británica.

El desarrollo de la crisis que provocara la intervención norteamericana puede resumirse en estos términos. El 20 de julio de 1895, el secretario de Estado, Richard Onley,⁵ obviamente con la aprobación del presidente Cleveland, envió la agresiva nota ya mencionada. El destinatario, como se dijo, era el primer ministro inglés Robert Salisbury. En ella, vale repetir, los Estados Unidos, Doctrina Monroe de por medio, legitimaban su derecho a intervenir en aquel conflicto y, con un lenguaje beligerante, solicitaban que Inglaterra sometiese su disputa con Venezuela a una comisión de arbitraje como fórmula que evitaría confrontaciones mayores.

El embajador estadounidense en Londres, Thomas Bayard, un fuerte El e anglófilo, de muy mala gana hizo llegar ese mensaje a Salisbury el día 7 de agosto. Por distintas razones: festividades parlamentarias, y otras ocupaciones domésticas e imperiales, y el deseo de entregar una respuesta bien documentada, así como la creencia de que Cleveland no precisaba de una respuesta urgente,

pero sobre todo por un mal cálculo del interés norteamericano en el asunto, la respuesta del gobierno inglés sólo fue conocida el 20 de noviembre de ese año.

Salisbury defendió el punto de vista británico, ofreciendo una detallada historia del conflicto limítrofe, pero se sintió obligado a añadir un radical rechazo a la pretensión estadounidense de darle legitimidad a la Doctrina en la disputa de límites entre Venezuela y Gran Bretaña. Monroe. Esto último, más la irritación causada por la dilación británica, enfureció a Cleveland, quien, fuertemente apoyado por el secretario de Estado, Olney, remitió al Congreso un mensaje especial el 17 de diciembre, ratificando la validez de la Doctrina Monroe y, en consecuencia, reivindicando el derecho de los EEUU a intervenir en la disputa; a la par que solicitaba fondos para una comisión investigadora, e insinuaba que estaba preparado para obligar a Gran Bretaña a aceptar una solución negociada y arbitrada.

5 Olney, Richard (1835-1917). Fue el secretario de Estado entre 1895-1897, y quien al comienzo de este ejercicio formuló el corolario Olney a la Doctrina Monroe, que declaraba el derecho de los Estados Unidos a intervenir en cualquier disputa internacional dentro del Hemisferio occidental. Este planteamiento estaba contenido en la nota que Olney remitió al Gobierno de Gran Bretaña. Olney se retiró de las actividades públicas en 1897.

El mensaje de Cleveland recibió la pronta aprobación del Congreso, y apoyos en la prensa y en la opinión del país. Los factores que contribuyeron a tales adhesiones -los señalan Ickringill y Hilton- fueron: el nacionalismo beligerante de fines de siglo, el sensacionalismo de la prensa, los sentimientos antibritánicos de ciertos sectores, el descontento general a causa de la depresión económica, y un vago idealismo que asociaba la Doctrina Monroe con una visión de los Estados Unidos como país anticolonial y símbolo de los valores republicanos.

Aunque fue muy amplia la reacción favorable a Cleveland, éste recibió mayores apoyos entre los ciudadanos de ascendencia irlandesa y entre quienes eran partidarios de basar la moneda en la plata, quienes veían a los británicos como los defensores del "patrón-oro". En Boston, por ejemplo, los norteamericanos de origen irlandés se asumieron como la expresión patriótica, mientras los "yankies" eran menospreciados por mostrarse como simpatizantes de la posición inglesa.

Por contraste, la reacción inglesa fue más que todo de sorpresa. Después de una corta indignación, muy poco crédito le fue otorgado a la repentina amenaza de guerra, no porque la posición británica desestimara el poder norteamericano sino a causa de la convicción que se tenía de que los norteamericanos estaban mal informados, y que pronto recuperarían el buen juicio, si se les daba tiempo para reconsiderar.

En Estados Unidos, pasados los momentos de euforia, la actitud de Cleveland provocó un pánico financiero que pronto evidenció los temores de una nueva recesión económica. Asimismo, mucha gente, con un fuerte sentido de sus vínculos anglosajones, expresó su horror ante la idea de una guerra contra Gran Bretaña. Los antagonistas de Cleveland, aun en su propio partido Demócrata, criticaron sus acciones, y las asumieron como una maniobra destinada a mejorar sus acciones en la próxima elección presidencial. Muchos ministros protestantes se declararon a favor de la paz y la fraternidad anglosajona, y la prensa recogió esos llamados, los cuales terminaron por tener un gran efecto durante el período navideño, provocando una severa censura al oportunismo político de Cleveland. Con todo, hubo republicanos -como Henry Cabot Lodge y Teodoro Roosevelt- que mantuvieron su franco apoyo al presidente.

Pero un nuevo elemento beneficiaría a Cleveland. A principios de enero de 1896, el conflicto anglo-boer en Suráfrica no sólo entraba en su fase más crítica sino que acrecentaba entre los británicos el temor a un aislamiento internacional. Alemania, Francia, Rusia y otras potencias amenazaban los intereses imperiales británicos, por lo que Inglaterra no consideró prudente hacer

de los Estados Unidos un enemigo más. Además, hacía tiempo que Gran Bretaña había implícitamente aceptado el espíritu de la Doctrina Monroe y, en general, se había venido aceptando su hegemonía en las Américas. Tampoco la disputa limítrofe con Venezuela era un punto vital de la política británica. Aun así, Salisbury estuvo a favor de una respuesta firme, pero su propio Gabinete le retiró su apoyo y optó por cooperar con Cleveland en pro de una solución negociada.

De las negociaciones resultó un Tratado de Arbitraje que firmaron Gran Bretaña y Venezuela el 2 de febrero de 1897. Durante el proceso, la comisión investigadora de Cleveland fue disuelta por irrelevante. Para este tiempo, ya era el republicano McKinley presidente de Estados Unidos. El tribunal de arbitraje, conformado por un ruso, dos estadounidenses y dos británicos, publicó su dictamen el 3 de octubre de 1899. A Venezuela le fue concedido el control del delta del Orinoco y otros territorios que los británicos habían puesto como suyos dentro de la línea Schomburgk. Pero, para los venezolanos, este arbitraje fue profundamente insatisfactorio. Incluso hoy se considera que los Estados Unidos permitieron un despojo de territorios que hicieron parte de la antigua Capitanía General de Venezuela.⁶

Pues bien, esta intervención de Cleveland se aprecia aún como un movimiento extraño en su carrera política. Las interpretaciones historiográficas no resultan contestes y sugieren distintas razones. Curiosamente, la mayoría de las explicaciones acerca de sus motivaciones insisten en destacar su enfurecimiento ante la respuesta de Salisbury.⁷ Por supuesto que Cleveland y McKinley eran temperalmente diferentes, tanto que ha dado origen a los estereotipos de un Cleveland como líder fuerte y de posturas políticas basadas en principios; y un McKinley como un "follower", muy condicionado por los grupos de interés, el Congreso, la prensa o la opinión pública, o, simplemente, por la conveniencia política, a la hora de procurar el apoyo para sus políticas.

⁶ Para una mejor relación de este despojo, véase: NUÑEZ, Enrique Bernardo: *Tres momentos en la controversia de límites de Guayana*, Caracas: Monte Avila Editores, 1981.

⁷ Campbell (1976:210-211), por ejemplo, concluye que el mensaje de Cleveland "Is to be explained in terms of a surge of presidential temper more than in terms of rational calculation of political and national interest". Creemos, por nuestro lado, que la "furia presidencial" de Cleveland pudiera explicar una reacción fugaz pero no una postura sostenida, como es el caso, que se mantuvo por un tiempo suficiente como para polarizar la opinión pública del país, y poder ser sometida, como en efecto ocurrió, al examen de su - probable o improbable-conveniencia nacional.

Los aprendizajes de McKinley sobre la intervención de Cleveland (1895) en la disputa de límites entre Venezuela y Gran Bretaña.

Claro que, aparte de los rasgos de carácter y estilos presidenciales, ambos presidentes deben considerarse como personajes que en sus decisiones y conductas políticas, respondían en mayor o menor medida a distintos factores, los que obrarían como condicionantes de sus actuaciones políticas. Este enfoque se corresponde con la orientación metodológica que expone Offner (1996: 195-203) de que la "política exterior de los Estados Unidos es en gran medida un reflejo de la política interna del país"; una fórmula que resulta mucho más compartida y, teóricamente, de mayor rendimiento, como se verá.

En todo caso lo más interesante -y es hacia donde apunta el ensayo de Ickringill y Hilton-, es intentar establecer, desde el análisis de la actuación de Cleveland, las probables conclusiones que un político tan cauteloso como William McKinley, pudo haber derivado para afrontar los problemas planteados por la guerra hispano-cubana en 1898. A mostrar esos aprendizajes y sus probables conexiones estarán dedicados los siguientes párrafos.

Los condicionamientos económicos

De muy frecuente mención; su influencia sería de largo plazo. Ellos se harían sentir tanto en 1895 como en 1898. Cabe recordar que el pánico financiero de 1893 fue seguido por una profunda depresión económica de casi tres años, atribuida a la sobreproducción y falta de mercados para las exportaciones agrícolas, industriales y financieras. Estos sobresaltos económicos estimularon en EEUU un mayor interés por América Latina y otros espacios económicos, como el lejano Oriente. En este contexto, las rutas comerciales de la cuenca del Orinoco fueron consideradas de singular valor, por lo que en 1895 se consideró como un peligro el que Gran Bretaña llegase a controlarlas.

Según este análisis, la posición del oeste norteamericano, caracterizada por intereses agrarios necesitados de mercados de exportación, y partidarios de afianzar la moneda en la plata, por oposición al patrón-oro, pasaron a tener una postura beligerante y tenaz desde 1895. Asimismo, los sectores fabriles del noreste, que, aunque menos patrioterros que los del oeste y los granjeros del sur, pugnaban también por la necesidad de asegurar mercados extranjeros para sus exportaciones e inversiones.

Cosa distinta expresaron los círculos de negocios del noreste, que reaccionaron pronta y negativamente al mensaje decembrino de Cleveland. El pánico se hizo sentir en Wall Street, acompañado de una racha de quiebras bancarias, un crítico agotamiento de las reservas de oro, y una alarma general con claras manifestaciones de oposición y desconfianza. Conductas estas que sólo habían podido evitarse si a los líderes financieros se les hubiera convencido de que había, o podía haber, ventajas significativas en una política exterior más agresiva. Críticos británicos contemporáneos de Cleveland sostenían que el pánico financiero ilustraba hasta la perfección, las consecuencias de una política temeraria, y, para la mayoría de los observadores internos, el desatado temor a la guerra, en 1895, afectaba la tendencia de recuperación industrial que entonces se ponía de manifiesto (Fusi y Niño, 1996: 345).

¿Qué enseñanzas pudo haber derivado McKinley de esta experiencia?

La reacción de parte de los líderes e instituciones financieros no podía pasar inadvertida para un político tan astuto como McKinley. Y lo más seguro es que, ante la experiencia de Cleveland, hiciese todo lo posible por evitar que, por sus decisiones en la guerra hispano-cubana, se repitiese algo similar. Esto es posible deducirlo de la conducta seguida por McKinley, quien hizo los mayores esfuerzos para minimizar la oposición que, entre los hombres de negocios, pudiera suscitar su intervención en 1898. Su política fue la de advertir sobre los daños que el conflicto podían causar al comercio y la inversión, lo cual, en su momento, le permitiría justificar la intervención como una defensa de esos mismos intereses;⁸ mientras se explotaba, durante el debate acerca de las opciones norteamericanas, la necesidad de mercados más rentables que aseguraran la expansión de los negocios del país. Así, según opinión de varios autores, las acciones de McKinley con relación a Filipinas, indicaban su determinación de facilitar el fomento de los intereses norteamericanos en el Pacífico y el lejano Oriente.

La situación interna

La situación política interna era en 1895 realmente tensa. El partido Demócrata, después de haber logrado elegir a Cleveland para un nuevo mandato (1893-97), sufrió severas pérdidas en

las elecciones de mitad de período y estaba dividido. En la Cámara de Representantes dominaban los Republicanos con 242 escaños, frente a 105 de los demócratas y 8 de los partidos minoritarios (Fusi y Niño, 1996: 195). Y Cleveland se veía afectado por las críticas que, hacia su política exterior, suscitaban su oposición a la anexión de Hawaii, y su inhibición ante el uso de la fuerza de Gran Bretaña en Nicaragua. Por tanto, debía esperarse que una postura suya más fuerte en política exterior, especialmente contra Gran Bretaña y en defensa de la Doctrina Monroe, mejoraran tanto su propio prestigio como el del partido Demócrata.⁹

⁸ Por este tiempo se calculaba que la inversión estadounidense en Cuba se aproximaba a los 50 millones de dólares; la guerra hispano-cubana había hecho caer el comercio entre Estados Unidos y Cuba de 100 millones al año en 1893, a menos de 27 millones en 1897 (Fusi y Niño, 1996: 196).

⁹ La década de 1890 fue para los Estados Unidos de acentuada inestabilidad. La lucha por el control y dirección del gobierno fue haciéndose cada vez más dura. Desde el final de la guerra civil, los partidos Demócrata y Republicano tenían un poder electoral equilibrado. Al Gobierno correspondía entonces establecer los aranceles, determinar la base monetaria (objeto de conflicto entre el patrón-oro y el patrón-plata), y dictar las leyes laborales y de empresa. Esto acentuaba la pugnacidad política entre los partidos. Y aunque los Demócratas arrasaron en las elecciones de 1890, a fines de la década las preferencias se inclinaban por los Republicanos (Ibidem, pp. 195-197).

Por otra parte, la intervención de Cleveland en la disputa limítrofe anglo-venezolana fue ampliamente considerada por sus contemporáneos, tanto en los Estados Unidos como en el exterior, como una maniobra electoral de cara a la próxima campaña presidencial. Si esto fue así o no, sigue siendo objeto de controversia, pero lo cierto es que William McKinley, el republicano ganador de las elecciones de 1896, no podía desconocer los elementos críticos que afloraron en la censurada actuación de Cleveland.

La fuerte y amplia aprobación interna que recibiera el mensaje de diciembre (1895) de Cleveland al Congreso, fue un recordatorio acerca de la gran popularidad que puede tener una postura beligerante en política exterior, aunque las críticas posteriores y la incertidumbre generada advierten acerca de los riesgos implicados. En último término, las actuaciones de Cleveland y su secretario de Estado, Olney, fueron vistas como demasiado bruscas, dejándolos expuestos a señalamientos de oportunismo político, cosechando incluso la condena de haber arriesgado una guerra sólo para obtener ganancias electorales inmediatas.

Cleveland y Olney fueron acusados de hacer declaraciones sin suficiente base, y de agravar sus errores al intentar desmentir sus primeras afirmaciones. Un error más fue el intento de basar en la Doctrina Monroe el derecho de los Estados Unidos a intervenir, de modo que cuando el ministro británico Salisbury replicó que dicha doctrina no era aplicable, pues no era norma internacional, ahondaron en su error al afirmar unilateralmente el carácter legal de la doctrina. Un segundo error fue la sugerencia de Cleveland de que fuese la comisión estadounidense la que fijara los límites entre Venezuela y Gran Bretaña; algo que luego se vio forzado a desmentir, aclarando que la comisión era solamente para investigar, informar, y recomendar una solución negociada.

Al final, como se ha dicho, Cleveland y Olney pudieron anotarse una victoria diplomática, no por haber forzado a Inglaterra a aceptar el dictado norteamericano sino por la propia decisión del Gabinete británico de retirar su apoyo la posición radical del primer ministro Salisbury, como antes se dijo.

¿Qué aprendizajes dejaba esta otra experiencia?

McKinley, por oposición, no produjo ningún pronunciamiento apresurado sobre la guerra hispano-cubano-filipina, y trató siempre de maniobrar con todas las opciones posibles, actuando lentamente, esperando hasta la publicación y acumulación, por parte de todos los sectores de la

sociedad norteamericana, de los testimonios de apoyo a una política intervencionista. Si su resistencia a intervenir en la guerra era real o sólo aparente, está más allá del punto. La reacción que cosechara Cleveland en contra de su repentino mensaje bélico, había claramente demostrado el valor político de construir un amplio consenso sobre los asuntos políticos más candentes, y la necesidad de ampliarlo cuando se trataba de temas de política exterior, antes de formalizar el comprometimiento público del gobierno.

La prensa y la opinión pública

La propaganda y el peso de la opinión pública fueron ganando significación política durante la década de 1890. Un amplio electorado alfabetizado y el surgimiento del periodismo "amarillista", con su predilección por el sensacionalismo, como medio de incrementar sus ventas -con prescindencia de su exactitud o real interés social-, planteó a los políticos que ya no podían seguir ignorando los cambios en el estado de la opinión pública.

William L. Scruggs, un antiguo embajador norteamericano en Caracas, fue contratado por el gobierno venezolano para representar sus intereses en Washington. A fines de 1894, Scruggs distribuyó un panfleto: *British Aggressions in Venezuela, or the Monroe Doctrine On Trial*, que tuvo un gran impacto en la opinión pública. Experto propagandista, Scruggs trabajó incansablemente para crear una opinión favorable a los reclamos de Venezuela, hasta el punto de que la mayoría de las opiniones coinciden en señalar que, gracias a sus acciones, fue posible el apoyo del Congreso a la tesis del arbitraje como la solución de la disputa limítrofe venezolano-británica.

En los artículos periodísticos y en los debates que, sobre el asunto tuvieron lugar en el Congreso, se hizo uso de ostensibles sentimientos antibritánicos y de exaltación del nacionalismo norteamericano. En tal ambiente, lógicamente se incrementó la popularidad de la Doctrina Monroe.

No obstante, en 1895, el poder -y también las limitaciones- de la propaganda y la prensa fueron sometidos a prueba. Aunque las actividades de Scruggs, en nombre de la causa venezolana, habían resultado efectivas, lo cierto es que la inmediata y entusiasta recepción del agresivo mensaje de Cleveland dio paso, en asunto de días, a una creciente repulsión a la idea de la guerra, acompañado de un sentimiento de rechazo al riesgo de tal posibilidad. Lo cual daría al traste con las esperanzas acariciadas por Cleveland y sus seguidores, de ganar apoyos electorales para un tercer período, por encima de la división que afectaba al partido Demócrata a causa del tema sobre el patrón de la moneda. Algunas interpretaciones creen ver en el papel del *New York World*, de Joseph Pulitzer, una real y efectiva contención a la beligerancia presidencial que provocara la crisis de 1895.

Y qué conexiones pudiera guardar esto con la conducta posterior de McKinley ?

En 1898, McKinley tuvo el cuidado de esperar hasta la existencia de un fuerte compromiso del Congreso, y de un evidente apoyo popular y de la prensa a la idea de la intervención, antes de mostrarse como partidario de tal decisión. Su extrema prudencia en este caso, ha sido apreciada contradictoriamente, pues unos lo ven como conducido a la guerra por la decisión del Congreso y las presiones de la prensa y la opinión pública, mientras otros lo ven como un guerrerista manipulador, que aparentaba ser sólo el intérprete de las inclinaciones populares y periodísticas.

En cualquier caso, no hay duda de que fue exitoso en ponerse a buen resguardo de la acusación que se levantó contra Cleveland de ser un promotor de la guerra.

La Iglesia y la religión

Durante la crisis anglo-norteamericana, el papel de los líderes e instituciones religiosas en el cambio del sentimiento popular, fue sin duda importante. Mayoritariamente, los sermones y rezos protestantes del domingo siguiente al mensaje de Cleveland, y durante todo el periodo de navidad, fueron a favor de la paz. El poder del púlpito fue inmenso, y contribuyó decisivamente a minar el apoyo popular que inicialmente tuviera la actitud de Cleveland.

¿Cómo asimiló McKinley este revés de opinión de Cleveland?

McKinley, por su parte, nunca ignoró la necesidad de involucrar los valores religiosos en apoyo de sus decisiones. Con cálculo, apeló a los valores humanitarios, al entusiasmo misionero y a un supuesto deber cristiano, para legitimar sus políticas intervencionistas y expansionistas. Sus motivaciones fueron publicitadas como medios de poner fin al sufrimiento de la población civil en Cuba,¹⁰ y como medio de hacer llegar el respaldo de la civilización cristiana y americana a los pueblos del Caribe y del Pacífico. Así pudo asegurarse de que a sus políticas les fuese atribuido un sentido de deber y moralidad, mientras que el intervencionismo de Cleveland había sido criticado por oportunista e inmoral.

La Doctrina Monroe y el expansionismo norteamericano

Campbell (1976) ha dicho que a Cleveland lo movía un rechazo moralista hacia las posturas imperialistas, y la firme sospecha de que Gran Bretaña estaba violando la Doctrina Monroe, e intimidando a una débil nación americana. Asimismo, se ha dicho que las actitudes de Cleveland en contra de la expansión británica no fueron tan espontáneas, sino que venían mostrándose desde 1893. No obstante, la mayoría de los autores coinciden en que, más que una defensa de Venezuela, su decisión de intervenir estuvo dominada por intereses personales, de partido, y de estrecho nacionalismo.

Desde el punto de vista del Derecho internacional, John Grenville insiste en que la doctrina Monroe era "un absurdo", pero agrega, "que estaba más allá del punto". Y aunque no tenía un preciso significado para Olney, Cleveland o el pueblo norteamericano, "expresaba la simple fe de que las gentes que vivían en las Américas estaban seguras de marchar hacia un futuro dorado si se mantenían unidas y si ellas podían impedir que los europeos se entrometieran en sus asuntos".¹¹

En un memorando del 17 de junio de 1897, Salisbury afirmaba que "England has done nothing to accept or to maintain the Monroe Doctrine. It stands where it did before the controversy began" (Fusi y Niño, 1996: 351), pero los historiadores tienden a estar de acuerdo en que Estados Unidos, después de la intervención de Cleveland en la disputa limítrofe anglo-venezolana, emergió con un enorme prestigio internacional, y que la Doctrina Monroe resultó ampliamente fortalecida en la percepción del continente americano.

Resulta curioso entonces que la Doctrina Monroe no entrara nunca en los debates que, entre 1897-98, rodearon la decisión de intervenir en la guerra hispano-cubana. Aunque el aparente

éxito de la versión de Olney de "América para los Americanos", serviría para dar un fuerte apoyo a las actuaciones intervencionistas del Presidente Teodoro Roosevelt, en 1904, que consagraron el predominio de Estados Unidos en América. Con todo, esto no estimuló la curiosidad entre los historiadores de la guerra hispano-norteamericana por saber por qué McKinley no apeló a la Doctrina Monroe para justificar sus acciones en 1898.

10 McKinley basó su prédica humanitaria en el informe de William J. Calhoun, quien visitó Cuba en mayo de 1897, en el que se decía que la mayoría de los cubanos apoyaba el levantamiento, y se describía la dramática situación de la población atacada por el hambre y las enfermedades, con un alto número de víctimas en los campos de concentración a consecuencia de las operaciones militares (Offner, John L.: "La política norteamericana y la guerra hispano-cubana", en FUSI, Juan Pablo y Antonio NIÑO (eds.): *Vísperas del 98...*, pp. 198-199).

11 GRENVILLE, John A. S.: *Lord Salisbury and Foreign Policy : The Close of the Nineteenth Century*, London, The Athlone Press, 1964, p. 56 (citado por Ickringill y Hilton, en Fusi y Niño (eds.): *Antes del desastre...*, pp. 350-351). La traducción es nuestra.

Algunos simplemente piensan que McKinley no tuvo la necesidad de afirmarse en la Doctrina Monroe. Que la posición norteamericana en la guerra cubana descansaba sobre bases muy sólidas; esto es, la seguridad frente a una guerra crónica muy cerca de los Estados Unidos; el rechazo humanitario a las crueldades de la guerra; y el deber nacional de proteger a los ciudadanos norteamericanos y sus intereses en Cuba. Pero en todo caso no deja de sorprender el hecho de que la Doctrina haya estado tan lejos de la retórica justificadora de los hechos de 1898, cuando se sabe que McKinley dio su completo apoyo a Cleveland, en 1895, y que el partido Republicano, que gobernaba con McKinley, se mostraba mayoritariamente a favor de la famosa Doctrina.

¿Pudo haberle dejado a McKinley alguna enseñanza el uso de Cleveland de la Doctrina Monroe?

Una buena explicación dice que McKinley estaba suficientemente impresionado por la virulencia que, entre europeos y americanos antiimperialistas suscitaba dicha Doctrina, que decidió evitarse las dificultades que provenían de su invocación. La acusación de que en 1895 la doctrina de Monroe había sido simplemente convertida en una justificación de los intereses hegemónicos de los Estados Unidos, fue muy tomada en cuenta por McKinley para dejarla de lado en sus justificaciones de los hechos de 1898. La experiencia de Cleveland -y ésta sería otra enseñanza de su actuación en 1895- había demostrado que la Doctrina, aunque muy popular en Norteamérica, llevaba consigo el efecto negativo de un duro criticismo tanto en Europa como en el resto de América.

En este sentido, resulta pertinente recordar la afirmación de Salisbury de que Gran Bretaña no había formalmente aceptado dicha Doctrina, y que tampoco lo había hecho ninguna otra potencia europea, por lo que resultaba imprudente, por decir lo menos, que un político tan cuidadoso como McKinley, en circunstancias como las vividas en 1898, hubiera hecho uso de un recurso con tan poca legitimidad en la comunidad internacional.

Las Relaciones de los Estados Unidos con Latinoamérica

Olney, en su correspondencia privada después de la crisis de 1895, enfatizó que, en su opinión, la Doctrina Monroe había estado siempre basada en un interés propio antes que en el altruismo. La realidad era que los Estados Unidos aspiraban a impedir la intromisión europea en las Américas como fórmula para proteger sus propios intereses, y si había algún beneficio en esta política para las naciones latinoamericanas era de carácter incidental y fortuito (Fusi y Niño, 1996: 354).

Así, casi todas las reseñas historiográficas concuerdan en que la intervención de Cleveland obedeció, primero que todo, al interés nacional norteamericano, al de su partido y a los intereses presidenciales, antes que a un supuesto interés por los derechos territoriales de Venezuela. La afirmación de Olney de que "Today the United States is practically sovereign on this continent, and its fiat is law upon the subjects to which it confines its interposition" (Ob. Cit.), contenía la misma aspiración hegemónica que subyace al mensaje decembrino de Cleveland, algo que era profundamente ofensivo y amenazador para los países latinoamericanos.

¿Pudo acaso McKinley aprender de Cleveland cómo evitar los recelos antiimperialistas?

Indudablemente que las políticas de McKinley, en 1898, levantaron igualmente las sospechas de hegemonía norteamericana; pero él, con probada discreción, evitó añadir fuego retórico a los antagonismos que ya los latinoamericanos sentían hacia Estados Unidos. Así, se abstuvo de proclamar algún derecho especial a vigilar los asuntos de Latinoamérica, y veló sus intenciones con relación a Cuba con tanta ambigüedad como le fue posible, resignándose finalmente a la insistencia del Congreso de honrar la independencia de Cuba, aunque ésta quedara gravemente comprometida por la Enmienda Platt.¹² Sin duda, una política de gran astucia.

Las Relaciones Anglo-americanas

A fines del siglo XIX, había en los Estados Unidos signos evidentes de sentimientos antibritánicos. Originados en los antagonismos del pasado colonial, habían tomado continuidad a través de los textos escolares de historia, y eran atizados por los norteamericanos de origen irlandés, los partidarios del patrón-plata y los populistas. Por supuesto que la hostilidad hacia la política británica, particularmente en el caso de la disputa limítrofe de Venezuela, no se reducía a esos sectores, pues expansionistas como Lodge y Roosevelt, podían ser tan beligerantes como cualquiera de los sectores mencionados.

12 En cuanto a Cuba, McKinley, como otros, había mostrado interés en comprar la isla como fórmula para la solución del conflicto cubano; pero en el Congreso, una mayoría compuesta de Republicanos y Demócratas era reacia a la anexión, mostrándose partidaria de reconocer la independencia. Los Republicanos temían que un nuevo Estado afectara electoralmente su precaria mayoría en el Senado. Todo esto llevaría a ciertas contradicciones entre el Congreso y la administración McKinley, que se resolverían, una vez producida la derrota española en 1898, con el control de los asuntos exteriores de la isla y la constitución de un Gobierno cubano, sensible a la protección de los intereses norteamericanos. De allí, la Enmienda Platt. (Fusi y Niño, 1996: 202-203).

Con todo, la experiencia de Cleveland había mostrado igualmente el poderoso potencial político que tenían tanto el anglosajonismo (los "vínculos de sangre"), como la idea de un acuerdo anglo-estadounidense en asuntos internacionales. Estos elementos se convertirían en lo sucesivo, a partir de la década de 1890, en fundamentos de la política exterior estadounidense.¹³

Se podría decir que la más creativa de las iniciativas de esta crisis fue el intento de establecer un Tratado anglo-americano de arbitraje. Un proyecto que, para enero de 1895, habían reclamado cientos de miembros del Parlamento británico. Y que Olney junto al embajador británico, Pauncefote, llevaron a conclusión tras una ardua negociación en enero de 1897. Pero que el Senado -por escasamente un voto- decidió no ratificar, pese al entusiasmo general de que gozaba en EEUU y Gran Bretaña, y del expreso apoyo de Cleveland y McKinley. Decisión esta que constituía un claro recordatorio del Senado acerca de su indeclinable voluntad con respecto a sus prerrogativas en materia de Tratados internacionales.

De lo anterior se deduce la habilidad y el perfecto manejo que, en su oportunidad, hiciera McKinley para poder obtener sin contratiempos del Senado, tanto la aprobación de sus políticas

con relación a la guerra hispano-norteamericana como la aceptación del Tratado que siguió al cese del conflicto.

¿Cuál pudo ser en este caso la lección para McKinley?

Ésta pareció ser que el intervencionismo y la guerra podían ser usados para reforzar el prestigio presidencial, siempre y cuando el enemigo no fuese Inglaterra, y los Estados Unidos no se viesen involucrados en lo que entonces se llamó "una guerra fratricida".

13 Se trataba, ante todo, de conveniencias internacionales. La expansión colonial europea iniciada en la década de 1880, había situado a los ingleses en contradicción con las otras potencias coloniales (la "Dúplice" y "Tríplice Alianza"), y sólo a un precio muy alto podían los ingleses encontrar aliados en Europa. Esta circunstancia debió convencerlos de que EEUU, con importantes intereses en China, y afectado por la inminente desmembración de ese país, podía ser un aliado natural británico, lo que permitiría el "equilibrio de poderes" en el Extremo Oriente. Los norteamericanos, por su parte, sabían que hasta el momento la política mundial había sido sinónimo de "equilibrio europeo", y que solos no podrían abrirse paso fácilmente en la política mundial, donde querían posicionarse después de alcanzadas altas cotas de desarrollo económico. Para ello, qué mejor aliado que Gran Bretaña, que aceptaba dejarles las manos libres contra España en América y Asia. Véase: GUERRA, Ramiro: La expansión territorial de los Estados Unidos, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975, pp. 365 y ss.

De hecho, la necesidad británica de la amistad norteamericana y su voluntad de cooperar con EEUU en los asuntos internacionales, condujo al Gobierno de Salisbury a admitir la hegemonía norteamericana en las Américas (siempre y cuando no se amenazaran las posesiones británicas, Canadá, sobre todo, cuya vulnerabilidad se subrayó durante la crisis de 1895). Como se ve, los ingleses aceptaban lo que a comienzos de 1896 habían calificado como una absurda apelación a la Doctrina Monroe. La nueva entente anglo-norteamericana quedaría robustecida mediante la inhibición británica en los sucesos de 1898, con lo cual se le dio puerta abierta al expansionismo estadounidense.

Sin duda, entonces, que el conflicto anglo-venezolano pasó a ser el punto de origen de un importante cambio en las relaciones entre los Estados Unidos y su ex metrópoli, de cuyas inmediatas ventajas se beneficiaría el Presidente McKfnley en sus cruciales decisiones políticas de 1898.

Conclusiones

Según el referido ensayo de Ickringill y Hilton serían las siguientes. Con su intervención en el conflicto limítrofe anglo-venezolano, el Presidente Cleveland logró una indiscutible victoria diplomática. Sin embargo, tanto para el partido Demócrata como para el propio Cleveland, este éxito estuvo empañado por algunos aspectos negativos que se evidenciaron durante la crisis de 1895-96, y que a la postre incidieron negativamente en los resultados electorales de la campaña presidencial de 1896.

El candidato ganador de aquella campaña, el republicano William McKinley fue, al decir de todos, un político astuto que se benefició, mediante su actitud observadora y vigilante, de los siempre cambiantes debates y climas de opinión de la vida política estadounidense. McKinley parece haber seguido cada detalle público de la experiencia de Cleveland y, aunque su afamada reserva y precaución hace imposible substanciar que sus acciones posteriores estuviesen influidas por lo que él vio entonces, no parece demasiado aventurado sugerir que obtuvo valiosas enseñanzas de la crisis de 1895-96, que le ayudarían a configurar un estilo muy diferente de conducir la política exterior norteamericana en 1898.

Si se comparan las formas en que los dos Presidentes manejaron la política doméstica -la unidad partidista, las prerrogativas del Senado, los intereses étnicos y regionales, la prensa y la opinión pública-, los intereses económicos en juego, las relaciones con otras potencias (sobre todo con Gran Bretaña y América Latina), y la necesidad de dar pública justificación de la intervención en los asuntos internos de otro país, se advierte que en todo existen marcadas diferencias.

Por encima de la discusión acerca de la influencia de los poderosos intereses económicos sobre la política norteamericana en la década de 1890, es evidente que Cleveland no tomó la precaución de preparar a esos intereses para su abrupta intervención en 1895, y que sufrió las consecuencias negativas del pánico financiero suscitado, lo cual directamente debilitó el apoyo inicial que recibiera su actitud. McKinley, por el contrario, fue cuidadoso en hacer notar a los hombres de negocios que los intereses norteamericanos en Cuba y en el lejano Oriente, serían al final mejor servidos mediante el intervencionismo que con la hasta entonces inhibición norteamericana en asuntos externos.

El éxito diplomático de Cleveland no pudo ocultar el hecho de que, después de una breve demostración de entusiasmo popular, su Gobierno fue criticado con acusaciones de irresponsabilidad y oportunismo, por arriesgar una guerra fratricida contra Gran Bretaña, sólo para mejorar su posición política interna. Tal cambio de opinión fue suficientemente advertido por McKinley, quien, en 1898, hizo todo lo posible por asegurarse un fuerte y amplio consenso para la intervención, pues mientras se movía tan lentamente como le era posible, mantenía abiertas distintas opciones y ocultaba sus propias inclinaciones personales.

Así, el brusco y agresivo movimiento de Cleveland contrasta con el gradual y resistido enfoque de McKinley, quien además se cuidó de mostrar su repugnancia por la actuación bélica. Conducta esta que le evitó el peligro de la acusación de ser un promotor de la guerra. Si esta postura fue realmente auténtica o no, poco cuenta a la hora de señalar que el liderazgo de McKinley resultó más exitoso en asuntos de política exterior.

Asimismo, el rápido cambio de la opinión de la prensa en 1895-96 debe haber enseñado a McKinley la sabiduría de esperar el momento propicio, y de saber ocultar sus intenciones, hasta que la prensa norteamericana, por sí misma, estuviese irremediablemente comprometida con la política intervencionista. Similarmente, el poder del púlpito, con su prédica anglosajona y antibélica que despojó a Cleveland de su liderazgo moral, no podía dejar de convencer a McKinley de la necesidad de invocar ideales humanitarios, el supuesto deber cristiano, y el celo misionero protestante en la retórica de las justificaciones de 1898.

McKinley, con su libertad de acción y astucia, se benefició de la amistad anglo-norteamericana resultante del exitoso arreglo de la crisis de 1895. Ciertamente que una guerra en contra del pobre, atrasado y despótico colonialismo español, tal era entonces su imagen, era menos problemática que la idea de una guerra contra los poderosos parientes británicos; pero aun así McKinley sacó igualmente provecho del rechazo del Senado al proyecto de Tratado general de arbitraje (un Tratado saludado ampliamente como un gran paso hacia relaciones internacionales más civilizadas), pues ello recalcó la necesidad del presidente de contar con el apoyo del Congreso en materia de política exterior. Una realidad que McKinley no descuidó en sus especiales relaciones con el Senado durante 1898.

Un impresionante contraste entre la intervención de Cleveland en la disputa limítrofe anglo-venezolana y la de McKinley en la guerra hispanocubana, bien puede ser la centralidad que en la primera tuvo la Doctrina Monroe, y su marcada ausencia en la segunda. Un punto por lo demás intrigante, si se toma en cuenta que el debate de 1904 estaría nuevamente centrado en dicha

doctrina, con la interpretación particular que de ella haría Teodoro Roosevelt. Un aspecto, que como se dijo, no había sido tomado suficientemente en cuenta por los historiadores.

A pesar de la popularidad doméstica de la Doctrina Monroe, y de su aparente éxito, y de la aprobación que le diera McKinley en 1895, no hay duda de que la interpretación que entonces hicieran Olney y Cleveland debilitó de hecho su prestigio ante la mayoría de los países europeos y latinoamericanos, además de provocar serias críticas internas. Lo que, por consiguiente, determinó que no se la usase como justificación en las explicaciones sobre las políticas de 1898 y, que en su lugar, se apelase a ideales humanitarios mucho más reconocidos, y se invocaran intereses nacionales y razones económicas aparentemente legítimas.

La sospecha y la hostilidad que se difundieron entre la mayoría de los países latinoamericanos con relación a las aspiraciones hegemónicas de los Estados Unidos fueron fuertemente confirmadas por la intervención de Cleveland y sus resultados. McKinley, por contraste, aunque incapaz de alterar esencialmente esos antagonismos, evitó que éstos se exacerbaban innecesariamente con su actitud. Para lo cual se abstuvo deliberadamente de invocar la Doctrina Monroe y de hacer reivindicación pública de la hegemonía norteamericana.

BIBLIOGRAFÍA

CAMPBELL, Charles (1976). *The transformation of American Foreign Relations, 1865-1900*. New York: Harper & Row. EE.UU.

GUERRA, Ramiro (1975). *La expansión territorial de los Estados Unidos*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales. Cuba.

ICKRINGILL Steve J.S. y Sylvia L. HILTON (1996). "Cleveland and the anglovenezuelan dispute en 1895: a prelude to McKinley's intervention en the Spanish-cuban war". En FUSI, Juan Pablo y Antonio Niño (eds.) (1996). *Antes del "desastre": Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid: Universidad Complutense, págs. 337-358. España.

MALEFAMS, Edward (1997). "Los Estados Unidos a finales del siglo XIX". En FUSI, Juan Pablo y Antonio Niño (eds.) (1997), *Vísperas del 98, orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, págs. 269-278. España.

NÚÑEZ, Enrique Bernardo (1981). *Tres momentos en la controversia de límites de Guayana*. Caracas: Monte Ávila Editores C.A. Venezuela.

OFFNER, John L. (1997). "La política norteamericana y la guerra hispano-cubana". En FUSI, Juan Pablo y Antonio NIÑO (eds.) (1997). *Vísperas del 98, orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, págs. 195-203. España.

PABÓN, Jesús (1952). "El 98, acontecimiento internacional". Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, Escuela Diplomática. En *Días de Ayer* (1963). Barcelona: Editorial Alpha, págs. 139-195. España.

PALACIO ATARD, Vicente (1981). *La España del siglo XIX (1808-1898)*. Madrid: Espasa Calpe. España.

SERRANO, Carlos (1984). *Final del Imperio. España 1895-1898*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores. España.